

## **SAN JOSÉ, SANTA TERESA Y NOSOTROS**

Dice San Pablo que la gracia concedida a uno tiene que ser agradecida por todos. Esta parroquia de San José, en sus cincuenta años de vida, ha recibido un manantial inagotable de gracia por medio de San José. ¡Qué alegría tan grande para Teresa que una parroquia de Burgos tenga a san José en los labios y en el corazón! Ella siempre se alegraba cuando veía que las gentes hablaban bien de quien ella quería, y aquí se le quiere mucho a san José. Con palabras de Teresa de Jesús me uno a todos vosotros para cantar las maravillas que el Señor ha realizado en estos años: "Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo" (V 6,6).

Me han pedido que hable de San José y Santa Teresa, pero no quiero hacerlo sin hablar de nosotros. La alegría más grande que podemos dar a nuestros dos protagonistas es entrar con ellos en esta historia de amor que Dios nos tiene. No ser espectadores de lo que aconteció en ellos, sino ser protagonistas de lo que el Espíritu quiere hacer en cada uno de nosotros. Dejemos que José y Teresa se sienten en el brocal de nuestro pozo. Abrámosles las puertas del corazón y comencemos a dialogar con ellos. Los dos nos invitan a vivir una experiencia siempre fascinante. ¿Entramos? "Solo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción" (V 6,8).

Una de las manifestaciones más auténticas de verdadera devoción a un santo es la celebración litúrgica de sus fiestas. La Santa no sólo celebraba la fiesta de San José; la solemnizaba. Lo dice ella misma: "procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía" (V 6,7). Esta costumbre de celebrar la fiesta de San José con toda solemnidad, con música y sermón, con volteo de campanas y galanura de flores y nubes perfumadas de incienso y mirra -que así se celebraba la fiesta de San José en las iglesias de la Orden, según el Beato Juan Bautista el Mantuano-, la comenzó en la Encarnación y la mantuvo los años que vivió en aquel monasterio, las reanudó cuando volvió de Priora, y la celebraba en el convento que le pillaba la fiesta del Santo Patriarca. Es uno de los datos más testificados en los Dichos para su Beatificación y Canonización. Que Jesús y María bendigan a todos los que pertenecéis a la parroquia de san José por honrar con tanta solemnidad a san José. Que santa Teresa también os eche su bendición.

## **TERESA DE JESÚS: UNA EXPERIENCIA DE AMOR A SAN JOSÉ**

Teresa de Jesús es una mujer muy dotada para la relación. Es muy querida y sabe querer. Hace de la amistad uno de sus centros vitales. Sabe ser amiga, le gusta ser amada. Jesús es para ella el amigo verdadero. Sus hermanas de comunidad son amigas. Tiene amistad con gentes de todo tipo: obispos y arrieros, comerciantes y teólogos, mujeres de la nobleza y gentes sencillas del pueblo. Sus

cartas, tan numerosas dan fe de su corazón dilatado. Su trato con tantas personas en sus viajes fundacionales hizo que el corazón se le llenara de nombres. Vamos a, acercarnos, a pie descalzo, a su vida para descubrir qué lugar ocupa san José en su corazón.

## 1.- Intimidad de Teresa con san José

Una de las cosas que llaman la atención al acercarnos a Teresa de Jesús es cómo bajó a San José del pedestal para acercarlo y meterlo en su propia vida, para hacerlo su confidente y compañero de camino, su amigo y protector, su mejor aliado en la fascinante aventura de su amor a Jesús y de su servicio a la Iglesia.

La relación de santa Teresa con san José es un caso típico que nos permite ver hasta qué punto una devoción sincera, entrañada en la religiosidad popular, puede llegar a penetrar en la intimidad del misterio de la persona de quien es devota, en este caso de san José. No hay que despreciar la religiosidad popular. También en esto conecta Teresa con la gente sencilla. Teresa entra en la comunión más íntima con san José y san José penetra la experiencia mística de Teresa y pasa a ser determinante en su misión de fundadora. Una auténtica empatía.

Su palabra quisiera ser un grito apasionado: "Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo a mí y a otras personas" (V 6,8). Con autoridad o sin ella, lo cierto es que Teresa ha sido, y es, una despertadora del amor a San José, una engolosinadora del trato confidencial y amistoso con él, no solo en la propia familia del Carmelo sino también en la Iglesia de los últimos siglos.

Lo que Teresa nos enseña sobre San José en la historia de salvación de su alma es la expresión de una devoción sentida y profunda y sincera al Santo Patriarca, hecha vivencia, experiencia honda, intimísima y prolongada por muchos años. No habla de lo que aprendió en los libros, que alguno debió leer sobre San José, ni de lo que oyó en los sermones, al menos cada año cuando procuraba hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía (V 6,7), y en otras ocasiones. Ella habla desde la experiencia personal que tuvo con San José, cómo intervino en su vida y en su alma; no dice nada que no sepa por experiencia. "Tengo experiencia que socorre en todas (las necesidades). Esto han visto otras algunas personas por experiencia; y aun hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad" (V 6,6). "No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer" (V 6,6). Así se convierte en un apóstol singular de la devoción al Santo. No importa de dónde venga la harina sino cómo cada uno hace el pan.

## 2.- ¿En qué fuente bebió Teresa?

¿De dónde le vino a Teresa esta devoción? ¿Cómo nació en ella? Sin duda, el protagonista fue el Espíritu Santo que mantiene vivo en la Iglesia el recuerdo de todo lo relacionado con Jesús, y José está íntimamente relacionado con Jesús. Pero el Espíritu se sirve de mediaciones, de pequeños detalles, para encender el fuego. Vamos a recordar algunos.

Cuando Teresa, a los cincuenta años, vuelve sobre sus pasos y escribe el relato de su vida, no puede menos de recordar a sus padres. Su padre Alonso, "aficionado a leer buenos libros" (V 1,1), entre ellos, libros de santos, y su madre Beatriz, de la que recuerda "el cuidado que tenía de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de nuestra Señora y de algunos santos" (V 1,1). La lista de los santos de su devoción particular, encabezada por San José, encontrada en su breviario, registra la friolera de 34 (y no es completa).

Siendo niños, ella y su hermano Rodrigo leen el *Flos Sanctorum*, un libro con ilustraciones, que dedicaba dos páginas a hablar de la vida de san José. Se le imprime a Teresa en el alma lo que ella llama "la verdad de cuando niña" (V 3,5), que será como una estrella guiadora que nunca se irá de su corazón a pesar de todos sus vaivenes. .

Cuando entra de monja en la Encarnación se encuentra en la comunidad con una devoción viva a san José, fruto de la vinculación de la Orden con Tierra Santa. No en vano, el Carmelo es flor plantada, nacida y desarrollada en Palestina, la tierra de José, de María y de Jesús. Los carmelitas fueron los primeros en la Iglesia latina que compusieron un oficio litúrgico enteramente propio en honor de San José; aparece en el breviario impreso en Bruselas en 1580 y en los que le siguen; y es el que leía Teresa en la fiesta de san José. "Este oficio no solamente es el más antiguo monumento elevado en la Iglesia latina a la gloria de san José, sino también, seguramente, el cántico más hermoso que jamás le fue consagrado. Todas sus partes, desde la primera antifona hasta la última, nos representan al Santo en todo el esplendor de su gloria".

Teresa leyó sin duda libros, como el del franciscano Bernardino de Laredo, *Subida al Monte Sión*, una de cuyas partes lleva por título *Josephina*, que contribuyó a aumentar la confianza de Teresa en el Santo y poderoso Protector. Es curioso que el P. Gracián, después de haber comprobado el amor de Teresa a san José, escriba también una *Josephina*.

### **3.- Tres momentos decisivos que acrecentaron en Teresa de Jesús el amor a san José**

**Su curación de una parálisis a los 26 años.** Cuando Teresa enfermó, su padre la sacó del convento y la llevó a una curandera, la famosa curandera de Becedas,

que, a base de curas, la dejó destrozada. "Se me comenzaron a encoger los nervios con dolores tan insoportables, que día ni noche ningún sosiego podía tener" (V 5,7). Según dicen los médicos son los mayores que se pueden acá pasar, comentará ella. Está varios días en coma profundo: "Diome aquella noche un paroxismo, que me duró estar sin ningún sentido cuatro días, poco menos" (V 5,9). La dieron por muerta. Ya tienen preparada la sepultura. Le echan cera en los ojos. Su padre reacciona y lo impide: "Esta hija no es para enterrar". Está más de ocho meses totalmente tullida "toda encogida, hecha un ovillo... solo un dedo parece podía menear... En una sábana, una de un cabo y otra de otro, me meneaban" (V 6,1). Siguen casi tres años de recuperación lenta en la enfermería, de suerte que "cuando comencé a andar a gatas, alababa a Dios" (V 6,2).

Fue entonces cuando apeló a San José: "Pues como me vi tan tullida y en tan poca edad y cuál me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir a los del cielo para que me sanasen" (V 6,7). Desde la enfermería "procuraba yo hacer su fiesta (la de san José) con toda solemnidad, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente y bien, aunque con buen intento" (V 6,7). Teresa quedó convencida de que su curación se debió al Santo. "El hizo como quien es en hacer de manera que pudiese levantarme y andar y no estar tullida" (V 6,7). Esta gracia se difundió entre las monjas de la Encarnación y pasó a los biógrafos y al proceso de su canonización, el que se lee: "Por intercesión de san José, de quien esta virgen fue devotísima, le concedió Dios salud y se levantó de la cama".

**Su conversión, hacia los 39 años.** La vida de Teresa tuvo altos y bajos. "¡Quién dijera que había tan presto de caer, después de tantos regalos de Dios!" (V 6,8). "Deseaba vivir, que bien entendía que no vivía" (V 8,12); "andaba mi alma cansada y, aunque quería, no le dejaban descansar las ruines costumbres que tenía" (V 9,1). Un momento clave fue el de su conversión, que la llevó a una entrega total de su vida a Dios con determinada determinación. Lo cuenta en el c. 9 de su autobiografía. Un día se encuentra, cara a cara, con una imagen "de Cristo muy llagado, y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle" (V 9,1). También contribuyó a su conversión la lectura de las *Confesiones* de San Agustín.

Pero lo que nos interesa destacar es que Teresa atribuye este cambio en su vida a una especial gracia de lo alto. La atribuye a la Virgen y a san José: "entendí que tenía mucha obligación de servir a nuestra Señora y a san José, porque muchas veces, yendo perdida del todo, por sus ruegos me tornaba Dios a dar salud" (R 30).

"Es cosa que espanta... de los peligros que me ha librado (san José), así de cuerpo como de alma" (V 6,6).

**La fundación del primer Carmelo, a los 47 años.** Con todo, lo más decisivo acontece en la fundación de San José, en la madurez espiritual y fundacional de Teresa. Ella vive centrada en la amistad con Cristo y es Cristo mismo quien le urge a que funde el primer convento, "haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase San José, y que a la una puerta nos guardaría él y nuestra Señora la otra y que Cristo andaría con nosotras" (V 32,11). Esta profunda comunión con san José continuará los últimos veinte años de su vida.

En esta línea está también la mariofanía referida por Teresa y que le aconteció estando en la iglesia de los dominicos de Ávila (está representada en el retablo de la Santa). La Virgen y san José le imponen una vestidura "de mucha blancura y claridad, símbolo de que estaba ya limpia de mis pecados". "Luego me pareció asirme de las manos nuestra Señora. Díjome que le daba mucho contento en servir al glorioso san José, que creyese que lo que pretendía del monasterio se haría, y en él se servirían mucho los dos (la Virgen y San José) porque ellos nos guardarían" (V 33,14). A Teresa le da "gran consuelo de haber hecho lo que el Señor me había mandado y otra iglesia más en este lugar, de mi padre glorioso San Jose, que no la había" (V 36,6).

Los detalles de san José fueron "por manera que se espantaban los que lo oían" (V 33,12). El P. Gracián, confidente de Teresa y testigo, hablará "de la manera que el glorioso San José hizo milagro en la fábrica de este monasterio (de San José), podría contar de otros muchos, así de frailes como de monjas, que parece imposible haberse labrado, si este glorioso santo no hubiese puesto las manos en estas fábricas". San José hace de carpintero, aparejador, albañil, arquitecto. No es de extrañar que, a partir de entonces, en cada una de las fundaciones, san José será protagonista principal, hasta el punto de llamarle *fundador*.

#### 4.- Teresa, misionera del amor a san José

Teresa fue dejando por todos los caminos huellas de su amor a San José. Los conventos que va fundando, a imagen del primero, son casas del señor San José, son su casa. Por eso procura que la mayoría lleve hasta el nombre y título de San José. De los diez y siete palomarcitos de la Virgen, fundados por ella, once están bajo el título de San José: Ávila (1562), Medina del Campo (1567), Malagón (1568), Toledo (1569), Salamanca (1570), Segovia (1574), Beas de Segura (1575), Sevilla (1576), Caravaca (1576), Palencia (1580), Burgos (1582). Con la particularidad de que, a partir de la fundación de Beas, San José va asociado ingeniosamente a otros títulos. Por ejemplo, el nuestro de Burgos tiene como titular a "San José de Santa Ana".

A todas sus fundaciones llevaba consigo una imagen de san José que recibía el título de "San José del Patrocinio". Y, una vez fundado el palomarcito, encomendará al Santo una de las puertas de la casa. Lo hará a él patrón y titular de la casa, y le dará el nombre de fundador.

Cuando la nombraron Priora del convento de la Encarnación en 1571, y ella supo de la terrible negativa de la mayoría de las monjas para recibirla, llevó consigo esta imagen y el día de la toma de posesión, al tiempo que colocaba la imagen de la Virgen en la silla prioral, la acomodó en la silla subprioral. Esta imagen luego le hablaría todo lo que las monjas hacían, que por eso se le llamó "San José el Parlero", y de tanto hablar quedó con la boca abierta milagrosamente.

En la fundación de Burgos, el médico Antonio Aguiar, amigo del P. Gracián, hace notar cómo, al no encontrar una imagen del Santo, reparaba por mano de un pintor un santo antiguo para que representase a San José. Como no quiere que falte mucho tiempo la imagen de san José en ninguno de sus conventos, que son las casas de su Padre y Señor, recuerda a Diego de Ortiz, fundador del convento de Toledo, "no se descuide tanto de poner a mi señor san José en la puerta de la iglesia".

Por citar una de tantas manifestaciones de san José en los caminos fundacionales, referiremos lo que aconteció a las monjas cuando, yendo a Beas de Segura, pasaban por el peligroso desfiladero de Despeñaperros. En un momento, pierden el camino. Los carros corren peligro de despeñarse si siguen por donde van. Es entonces cuando la comitiva oye una voz: "Teneos, teneos, que vais perdidos y os despeñaréis si pasáis por ahí". Alguien les ha advertido desde el barranco. Las monjas lo atribuyen a san José en persona. "Era mi padre san José", exclama agradecida Teresa.

## **5.- Su Padre y Señor san José**

Teresa llama a san José "Padre y Señor", "mi padre san José". Y las monjas son las pobres hermanas de san José. Así lo dice al Concejo de Ávila cuando no quieren que se surtan del agua de las fuentes. Firman la petición las "indignas siervas que las manos de vuestras señorías besan: las pobres hermanas de san José". En tiempos de Teresa, muy pocas personas llevaban el nombre de José o Josefa. Cuando mueren son muchos los frailes y monjas que llevan el nombre religioso "de San José".

Si la presencia de san José en la Iglesia de Dios quedó silenciada en los primeros siglos de su existencia, como haciendo honor a su proverbial silencio -de hecho se le llama el Santo del silencio porque no se conserva de él en los evangelios ni una sola palabra-, con el correr de los siglos esa presencia fue despertando y abriéndose camino, como él se merece. No es posible ni siquiera señalar las

fechas destacadas de la aparición de esa presencia, que se ha ido haciendo también silenciosa pero irresistible. Pero sí recordamos que uno de esos momentos cumbres, en que aparece pujante y arrolladora la presencia de san José en la Iglesia, fue Santa Teresa de Jesús. Ana de San Bartolomé, la fiel enfermera de la Santa, se goza de que, gracias a su Santa Madre Teresa, san José sea más conocido en España, "que casi no le conocían". El testimonio de Teresa ha calado entre las gentes que la rodean: "A otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas" (V 6,6).

Ve a José con autoridad de padre sobre Jesús y María. "Que así como Jesús le fue sujeto en la tierra y José le podía mandar; así en el cielo hace cuanto le pide". "No sé cómo se puede pensar en la Reina de los ángeles en el tiempo que tanto pasó con el niño Jesús, que no den gracias a san José por lo bien que les ayudó en ellos" (V 6,8-9).

## II.- CINCO PISTAS PARA NUESTRO CAMINO

### 1.- Discernir

Se ha dicho que estamos en un cambio de época, en una época de crisis, dándole a esta palabra un sentido hondo. No solo crisis económica o de valores, sino crisis de sentido. "Cuando teníamos todas las respuestas, cambiaron todas las preguntas", se ha dicho. La crisis en sí no es mala. En la escritura ideográfica china, crisis se dice con dos signos, uno que significa peligro y otro que significa posibilidad.

Tanto José como Teresa vivieron inmersos en la crisis o en la noche. Pudieron afrontarla de muchas maneras: dejándose llevar por horizontes estrechos o abriéndose a nuevos horizontes. Optaron por esto último.

Ante lo nuevo que le sale al paso -la invitación a entrar en el proyecto de Dios que ya se asoma en María-, José no sabe qué hacer. Entra en su interior, reflexiona, decide: "Como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto. Así lo tenía planeado" (Mt 1,19). Opta por marcharse, por vivir una vida menos complicada, más entendible, como vivían los hombres de su pueblo.

Por su parte, Teresa también vivió momentos en los que no sabía qué hacer con su vida. Confiesa que "deseaba vivir, que bien entendía que no vivía" (V 8,12); y que "andaba mi alma cansada y, aunque quería, no le dejaban descansar las ruines costumbres que tenía" (V 9,1). Pero también confiesa que sentía dentro de sí algo novedoso, fascinante: la presencia de Dios en ella, la llamada a tener con Él una historia de amistad. Dice que le venía "a deshora un sentimiento de la presencia de Dios que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí o

yo toda engolfada en Él" (V 10,1). ¿Qué hacer? El ambiente que la rodea desconfía de esta novedad en boca de una mujer. Oye que dicen a su alrededor: "No es para mujeres, que les podrán venir ilusiones", "mejor será que hilen", "no han menester esas delicadeces" (C 21,2). "No hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa" (CE 4,1), termina diciendo. Todo esto bastaba "para caérseme las alas" (V 10,8). ¿Qué camino tomar?

Y a nosotros, ¿qué nos pasa? ¿Cómo nos situamos en nuestro mundo y en este momento? ¿Cómo creadores de vida o como consumidores del gran mercado? ¿Con qué espíritu vivimos la vida? ¿Cuál es nuestra pretensión? Nos acercamos a José y a Teresa para que nos saquen de la insatisfacción de nuestra época, nos ayuden a discernir y nos enseñen a ser y vivir en la verdad. ¡Una aventura, sin duda, fascinante!

## 2.- Entrar en la interioridad habitada

Todo es confuso para el salmista "hasta que entra en los divinos santuarios" (Sal 73); entonces ve con claridad. San José y Teresa nos invitan a entrar en la interioridad.

¿Qué es la interioridad o el centro? Es la dimensión más interna y profunda de nuestra vida. Para ir ahí se requieren silencio y escucha interior. Más allá de la superficie, hay una realidad que corre el riesgo de no ser percibida porque su modo de expresar y manifestar su presencia es diferente del de las cosas del mundo.

El centro es aquello que da unidad y consistencia al ser, como el nudo a la caña de bambú. Ir a la interioridad significa descubrir la propia identidad, lo que somos de verdad, más allá de lo que hacemos.

El centro es aquello de donde brota el ser y donde el ser constantemente retorna. Es fuente constante de energía y vitalidad. Perder el contacto con él lleva al debilitamiento de la persona, haciéndola incapaz de encontrar en sí misma la fortaleza para asumir su realidad.

El centro de la persona es una relación-encuentro entre un Tú y un yo. Es el hecho de que un Tú me llame y me atraiga hacia sí lo que me da la percepción exacta de quién soy, no en tanto actor de mis pensamientos, palabras y obras, sino, sobre todo, en cuanto destinatario de los pensamientos, palabras y actos de otro.

¿Quién soy yo? Esta es probablemente la verdadera pregunta que nos asalta subterráneamente a nuestra generación. La respuesta la tenemos en un lugar en el que soy conocido y amado por Otro, por Aquel que vive en lo más profundo de mí



mismo. Para Él, como dice Teresa, todos hemos nacido: "Vuestra soy, para Vos nací". La interioridad es la conciencia de que somos amados.

La única posibilidad de alcanzar una mirada sobre nosotros mismos que esté libre de condicionamientos se produce en el interior de la relación con mi Dios, con el Dios que habita en mí, el *Deus intimio intimo meo*.

A José "el ángel del Señor se le representó en sueños" (Mt 1,20). Los sueños son la interioridad, el silencio de todos los ruidos, el acallamiento de nuestras razones y de las razones del mundo. Ahí es convocado por el ángel del Señor. Dios comienza a abrirle un horizonte nuevo, le pide que sea protagonista de una historia de salvación. ¿Qué pasa cuando el yo se allega a su fuente secreta? Los sueños son el camino del alma hacia su centro. El silencio, los sueños, el recogimiento llevan a la interioridad.

Si miramos a Teresa, la metáfora del castillo puede resumirse como el relato de un viaje de la persona al interior de sí misma. Teresa nos habla de un centro que revela, organiza, anima la persona y su identidad. Llegar a nosotros mismos pasando a través de Aquel que nos conoce y nos ama. Es lo que el Señor decía a Teresa: "Búscate en mí" (el famoso *Vejamen* de 1576). Sobre esta palabra ella misma escribió su poesía n.8: "Alma, búscate en mí, búscame en ti".

¿Y nosotros? Desconocer nuestra interioridad y quién la habita, nos hace vivir en el sinsentido. ¿Qué trabajo se está produciendo hoy dentro del creyente (laico, sacerdote, religioso) para habitar la interioridad? Porque sin ese trabajo sobre nosotros mismos, no hay futuro para nosotros, no se construye una Iglesia, una comunidad cristiana para nuestro tiempo. "¡Acostumbraos, acostumbraos!... No nos duela tiempo en cosa que tan bien se gasta. ¿Quién va tras nosotros?" (C 26,2).

Somos una interioridad habitada. Lo mejor lo llevamos dentro. "Considerar al Señor en lo muy interior de su alma" (V 40,6). Cada uno de nosotros tiene la llave para entrar dentro. Nadie lo puede hacer por nosotros. Esta entrada no se puede forzar. Dentro de ti está la belleza, la dignidad, la libertad. "Que entendamos con verdad que hay otra cosa más preciosa, sin ninguna comparación, dentro de nosotras que lo que vemos por de fuera. No nos imaginemos huecas en lo interior" (C 28,10).

San José y Teresa, los dos testigos de interioridad, nos invitan a entrar dentro de nosotros mismos. Nos convocan al centro. Nos animan para que crucemos el umbral que nos separa de nosotros mismos.

### **3.- Escuchar la Palabra creadora**

La Palabra de Dios vence la nada y crea el ser. Tanto san José y como Teresa despiertan en nosotros el hambre y la sed de la Palabra de Dios.

San José se deja confrontar con Dios, deja que Dios se siente junto a él y le hable. Escucha en silencio, sin resistencias. Los miedos van desapareciendo cuando va apareciendo la confianza en Dios. Le dijo el ángel: "José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo" (Mt 1,20). El silencio de José es para la escucha: "Su padre y su madre escuchan maravillados lo que se dice del Niño (Lc 2, 33). A María y a José se les ha regalado un hijo. Todo es gracia.

San José escuchó ensimismado muchas veces las palabras de su hijo Jesús, que le calaban hondo en el corazón. Si a los apóstoles, por ser sus amigos (Jn 15,15), Jesús les descubre sus secretos ¿qué secretos y verdades no descubriría a su padre san José? Y ¡cómo escucharía éste las palabras, llenas de vida y calor, de Jesús! ¡Con qué docilidad las asimilaría, con qué amor las metería y meditaría en su corazón!, ¡qué conversaciones mantendrían entre los dos!

Teresa tiene sed de verdad. La veneración por la Sagrada Escritura, fuente de toda verdad, a pesar de los problemas para acceder al texto bíblico (seguramente Teresa no tuvo nunca a su disposición una Biblia) es muy grande. Ella, tan amiga "de andar en verdad delante de la misma Verdad" (V 40,3), no quiere consejos si no están basados en la Escritura. De ahí que busque a los más letrados, que se guían por las verdades de la Escritura, para que ella no vaya engañada.

La oración, como trato de amistad con Cristo, pide escuchar para poder hablar, ser mirados para poder mirar, ser acompañados para poder acompañar, recibir para poder dar, que "amor saca amor".

Teresa siempre busca la Palabra de Dios, aunque esto también sea peligroso ("La experiencia nos dice que dar la Escritura en lengua vulgar, toda o parte, ha hecho daño a las mujeres y a los idiotas", decía Melchor Cano). Sin embargo Teresa dirá: "No hemos de quedar las mujeres tan fuera de gozar las riquezas del Señor" (Conc 1,8) y se atreverá a comentar el Cantar de los Cantares y, en concreto, el peligroso versículo: "Bésame con los besos de su boca". La palabra de Jesús es su apoyo - ¡solo Dios basta!-. Cuando todo parece que se derrumba y se hunde bajo sus pies, escucha la palabra de Jesús: "Yo soy". Y queda en un instante "sosegada, con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz que en un punto vi mi alma hecha otra" (V 25,18).

¿Y nosotros? ¿Qué importancia damos a la Palabra de Dios en nuestra vida? La Palabra quiere intimidad, habla de corazón a corazón. Jesús nos habla a cada uno. Se acomoda a nuestra situación. A nosotros nos toca conectar la Palabra de Dios

con nuestra vida concreta. El Señor nos dice, como a san José y a Teresa: "Yo soy", "Yo estoy contigo", "no tengas miedo", "¡ánimo!"

#### 4.- Amar a Jesús

Lo más hermoso de san José, lo más grande, es su amor a Jesús. "María dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús" (Mt 1,21). José pone nombre a Jesús, porque ya lo lleva en el corazón. José le enseña a Jesús un oficio, porque el padre que no enseña a su hijo un oficio, le educa para ladrón. Pero le enseña a amar y al hacerlo José aprende de Jesús a amar con todo el corazón.

Por su parte, Teresa es de Jesús. Es su manera de responde al Jesús de Teresa. Y dice que "en especial personas de oración siempre le habían de ser aficionadas (a san José)... Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso santo por maestro y no errará en el camino" (V 6,8). ¿Por qué? Porque la vida de José, su vocación, está totalmente en la perspectiva de acompañar a Jesús, de estar a su lado, de hablarle, de pedirle, de servirle. Toda la razón de su existencia es la vida de Jesús y para Jesús. Su verdadero desposorio con María fue en atención a Jesús. Le pone el nombre de Jesús. ¿Quién podrá comprender la intimidad dulce y suave, gozosa y dolorosa que vivió con Jesús? ¿Quién podrá vislumbrar la intensidad de amistad que se desarrolló entre ellos y con María?

Y porque "si orar es tratar de amistad con quien sabemos nos ama" (V 8,5), ¿quién mejor que san José para acompañar en este camino, él que trató, amó y sirvió a Jesús? Toda la vida de San José fue oración, porque fue una vida en compañía de Jesús, de intimidad y familiaridad con Él. Nadie supo más y mejor de esta oración que él, que por tanto tiempo trató con Jesús y María en una comunión y comunicación auténtica y única de amistad y amor. Así lo propone Teresa: "Lo tengo por experiencia". E insiste: "Solo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción" (V 6,8).

San José, dice el P. Gracián, aprendió la oración de los dos más aventajados espíritus que jamás se pueden imaginar, que son Jesús y María; en su compañía oraba, y a los mismos que mandaba como a súbditos, rogaba como a Dios y Madre de Dios, que este privilegio de oración ninguno lo alcanza. Realmente san José es Maestro insuperable de oración

Por eso en el Carmelo teresiano San José siempre ha sido Maestro de oración. Son incontables las almas que han encontrado en él el maestro y guía de su camino oracional, y algunas han llegado a una verdadera experiencia sobrenatural y mística de él, como Teresa de Jesús.

¿Y nosotros? ¿Qué sucede en la vida de una persona cuando se abre progresivamente a la humanidad de Jesús y se decide a “ser siervo del amor” (V 11,1)?

San José y Teresa no dejan de decirnos: “Los ojos en Él” (V 35,14). “Mira que te mira” (V 13,22). “No os pido más que le miréis pues ¿quién os quita volver los ojos del alma, aunque sea de presto si no podéis más, a este Señor?” (C 26,3). “No se espanta de las flaquezas de los hombres” (V 37,6). “Puedo tratar con amigo, aunque es Señor” (V 37,6). “Bienaventurado quien de verdad le amare” (V 22, 6.7). “En veros cabe mí he visto todos los bienes” (V 22,6).

En vuestra parroquia está la adoración permanente a Jesús. No podemos dar una alegría mayor a nuestros dos protagonistas que esta iniciativa pastoral tan hermosa. “Hele aquí sin pena, lleno de gloria, esforzando a los unos, animando a los otros, antes que subiese a los cielos, compañero nuestro en el Santísimo Sacramento, que no parece fue en su mano apartarse un momento de nosotros” (V 22,6). “¿Qué más queremos de un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones como hacen los del mundo?” (V 22,7). La repuesta de esta parroquia es la de nos apartarnos de Quien nunca se aparta de nosotros.

Sin olvidar que adorar a Jesús siempre lleva a ayudar a los necesitados, a acoger a los peregrinos, aspecto en el que también destaca vuestra parroquia. Conviene recordar un texto de Teresa: “¡Cuánto queréis a los hijos de los hombres!, que el mayor servicio que se os puede hacer es dejaros a Vos por su amor y ganancia y entonces sois poseído más enteramente” (Exclamaciones II).

## 5.- Trabajar por un mundo nuevo

Dios no da puntada sin hilo. Las maravillas que hace en nosotros, los dones del Espíritu, son para que los pongamos en una mesa común, en la que todos puedan alimentarse.

Los desafíos no son meros acontecimientos de la historia, sino llamadas de Dios para actuar activamente según los proyectos divinos manifestados en la misma historia.

José determina hacer lo que Dios le ha señalado. “Despertado José del sueño, hizo como el Ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer” (Mt 1,24). Dios hace nuevas todas las cosas. Con fidelidad creativa.

También Teresa de Jesús termina su itinerario diciendo que todo es “para que nazcan siempre obras, obras” (7M 4,6). En eso consiste ser espirituales de veras. “Si Su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo

queréis contentarle con sólo palabras? De la oración nacen energías de compasión y servicio. Todo lo que Dios da "¿es para que se echen a dormir? ¡No, no, no!" (7M 4,10).

Su entrega al Señor es un ofrecimiento de vida nueva para la humanidad. "Aquí está mi vida, aquí está mi honra y mi voluntad; todo os lo he dado, vuestra soy, disponed de mí conforma a la vuestra" (V 21,5).

¿Y nosotros? Una devoción a san José que nos lleve a crecer en las virtudes, ¿qué puede ser? Fijémonos en el consejo de Teresa: "No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud, porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan" (V 6,7). Que cada uno haga "eso poquito que está en él" para gloria de Dios, para bien de la Iglesia, para una humanidad nueva.

### III.- CONCLUSIÓN

Por todo lo que vamos diciendo se comprende el típico agradecimiento de Teresa a san José y el afán por engolosinar a cuantos más mejor en la devoción al Esposo de María, al Padre de Jesús. La vida de Teresa no se entiende sin san José. Ni esta parroquia se entiende sin san José.

Lo que Santa Teresa escribe sobre su personal y particular experiencia josefina, tan sencilla y vitalmente expuesto, tiene una finalidad: proyectarlo en los demás, quiere que todos sean devotos de San José y se encomienden a él. Y lo ha logrado plenamente. No es posible leer las páginas, en que la Santa describe sus experiencias josefinas y quedarse indiferente. Santa Teresa entra enseguida en el catálogo de los grandes apóstoles y propagadores de la devoción a San José. Podemos aplicar a este aspecto concreto lo que la Santa dice que le prometió el Señor de su primera casita de San José, que "sería una estrella que diese de sí gran resplandor" (V 32,11). San José de Avila, la casa de San José ha encendido en el cielo de la Iglesia muchas estrellas de devoción y amor al Santo Patriarca, y sigue y seguirá alumbrándolas. Esta parroquia dedicada a San José también es una estrella que está dando mucho resplandor y guía a muchos peregrinos hacia Jesús, Camino, Verdad y Vida.

Y ahora, nos ponemos de pie, unimos nuestras manos y escuchamos unas palabras de Teresa de Jesús, llenas de esperanza y compromiso cristiano: "Cuando tantos corazones junta Dios en una cosa, se entiende se ha de servir de ella" (F 28,10). Muchas gracias.

Pedro Tomás Navajas, carmelita teresiano – Parroquia de San José, 29 de mayo